

ronzuelo y el timbre incoloro de la voz, por todos los detalles, en fin, de la máscara que el desprecio del país por la cultura académica nos ha obligado a llevar para poder ganarnos el pan duro y amargo y encenizado del magisterio docente.

Es máscara de pobreza. Pobreza material y espiritual. Pobreza especialísima. No la que tú alababas, de lindos pies desnudos, oh seráfico Francisco que le predicabas a los pájaros, sino una pobreza con calzado del más barato, del chirrión, del que hace callos; hasta cuando, queriendo tener un gesto independiente, nos compramos calzado fino y caro, al poco tiempo, por el maldito paradito maestril, los zapatos se vuelven feos, pierden la buena línea, abultan por los juanetes, se levantan de la punta, en suma fracasan lamentablemente. Ni es la pobreza del pícaro, pobreza alegre, concedora de caminos, y de bolsas ajenas, pobreza de vivo olfato sabio, y que sabe reír a carcajadas aunque no tenga dientes, y que dice lo que le importa el mundo con jovial insolencia. No; la pobreza del maestro es vergonzante, oh Rabelais!

Aquí cabe decir una cosa importante. No es más estudio lo que necesitamos los maestros. De la veintena que somos en mi escuela, a los ocho que conozco íntimamente les reconozco una erudición que hubiera dejado pasmados a Aristóteles, a Dídimo de Alejandría, a Erasmo de Róterdam. Si por desgracia (pero, ¿sería desgracia?) la guerra que todos los altos espíritus de la civilización moderna temen con temor clamoroso se desatase ya, y las bibliotecas y pinacotecas y museos y universidades del mundo fuesen destruidas y se volviese a la oscuridad que los nórdicos esparcieron sobre Europa cuando se echaron como langostas sobre la decadente civilización de Roma, me atrevo a asegurar que bastaría con que mi escuela quedara en pie en medio de la ruina universal para que esos ocho que digo pudieran reconstruir el

## Hacia una Interpopular del Magisterio...

(Viene de la página 139.)

Escuela de liberación por el pensar y el sentir y el querer puros; por el hacer, sí; pero el hacer *gratuito* y desinteresado, hacer *ocioso* que la vida cruel nunca otorga. Hacer donde se aprende el trabajo libre a que todo hombre aspira; aquel que daríamos *gratis*; aquel en que la energía productora por dolorosa que sea se resuelve en placer, como en el juego. El hombre que no llegue a alcanzarlo es siempre esclavo.

Invocando esa escuela tan antigua y hasta hoy patrimonio aristocrático únicamente de los privilegiados, deseo que salude a los amigos de América ya que conquistarla sin diferencia para todos los hombres, estimo que sea el ideal aunque lejano, más pleno de libertad y de justicia a que en el orden de la Educación debería aspirar toda alma noble.

Y que la paz le acompañe.

Su afectísimo,

Manuel B. Cossio

Madrid, 22 de enero, 1930.

saber humano mejor que lo hicieron los humanistas del Renacimiento. No es saber más lo que nos hace falta, sino saber qué hacer con lo mucho que sabemos. Nos cohibe la máscara. Y cuando nos la quitamos, como a veces sucede, quedamos lo mismo. Lo que necesitamos no es sólo abolir la máscara, sino cambiarla.

Yo ya escogí la mía nueva. La hallé en Cervantes. Me leen y no me reconocen. Como andaba en automóvil en San José me traje de su covacha a don Joaquín, casi a la fuerza. Él también tiene su máscara, su biombo más bien, todo de libros. Y los tres, Gissing, él y yo, nos hemos reído como chiquillos de la torpeza de los lectores de *Repertorio* que me conocen pero aún no dan conmigo.

## Persiles

Casa de Gissing, febrero, 1931.

Posdata.—Gissing me dice que el cuento de la máscara más bien le pareció de Sir Beerbohm Tree que de Chesterton. De este escritor no tengo noticias; por primera vez oigo su nombre. A Gissing como que no le gusta Chesterton. ¿Por qué será?

## Cartas hiperbóreas

### El crepúsculo de las dictaduras

3

(Véanse las entregas 5 y 6.)

Incluyendo a Machado—que acaba de disolver las Cámaras—declarándose *dictador*, medida que se tomó de noche como en los días de Roma, hay ya más de media docena de *presidentes* que erran por el mundo o eliminan uratos en la cabina de un crucero de guerra.

El dictador cubano responde así a la campanada, a la *sonnette-d'alarme* que vibra desde el inmediato Santo Domingo hasta las soledades patagónicas.

En Roma nombrábase un dictador en casos de conflicto máximo para la patria: la amenaza

exterior, las rebeliones internas de esclavos. Y lo nombraban de noche exclusivamente para dar a entender, con esa forma emblemática y solemne del antiguo mundo latino, que aquella designación era sólo por breve tiempo, como el transcurso de la sombra a la luz del día siguiente.

Desde el punto de vista simbólico, la medida que con sus presidentes de cámara y de partido, su ministro de guerra y gobernación y sus policías ha tomado el general Machado, es correctísima.

Sin embargo, es una prueba máxima de debi-

lidad. Se le acabó la tan reputada mano izquierda; el político de Santa Clara pasa a menocalizar de un modo inesperado y truculento; ¡y que este engendró ilegal sea parto de las agrupaciones liberales de Cuba! Y que al fin de tantos juramentos y tanto invocar apóstoles, vírgenes y mártires, el magistrado reelecto de Cuba descienda su toga de doctor *honoris causae* de la Universidad de la Habana para convertirse en una catástrofe constitucional... Y que todas las orientaciones de mejores días se desorientan de un modo tan lamentable, bajo el ojo burlón del vecino rubio.

Es el caso que, aparte este nuevo candidato hoy más que probable para el *exilio* o el refugio a bordo, los países hispanoamericanos deberían ponerse de acuerdo y formular un proyecto de seguridad, de ornato, y de sanción serena.

Es menester que se internacionalice alguna isla pequeña, cómoda, salubre, con buena agua, con clima suave, en donde cada país pudiese enviar indefinidamente sus ex-dictadores, construyendo el respectivo pabellón como en las exposiciones. Una isla feliz, refugio de los déspotas caídos en la que podrían dedicarse a sus diferentes manifestaciones de exilados por *la ingratitud y la incomprensión de sus ex-gobernados*

La policía de la isla quedaría a cargo de una comisión permanente internacional, y cada país tendría derecho a exigir informes de la salud y de las actividades de su aislado.

El aspecto mejor de tal proyecto radica en que se les arrebataría el último expediente que estos comediantes vitalicios intentan ante la historia: el destierro y sus miserias.

No; en la isla estarían en una especie de territorio anseático regido por autoridades que no les fuesen ni hostiles ni sumisas, pero guardando para con ellos una absoluta imparcialidad civil. Seguramente se tratarían con el afecto de la común desgracia. Llevarían una existencia sosegada y podrían aprender desde lejos, como una enseñanza única, si bien desolada, que los países continuarían marchando, tropezando, cayendo, levantándose, sin necesidad de que una persona se imponga la tarea de llevarlos a tirones de la mano como ciertas madres torpes e impacientes que llevan a rastras al chiquillo cuando no puede ni tenerse de pies...

En casi todas partes creo que existe una pensión vitalicia para los ex-presidentes a fin de que no den espectáculos lamentables luego de caídos. Pues bien, con esas pensiones podrían cubrirse los gastos del amable retiro post-presidencial, ya que lo malhabido—como está sucediendo por ahí—deberá reintegrarse a donde se tomó, y no es cosa de que uno de nuestros ex-presidentes—pícaro y todo—lo vayan a estar nutriendo de limosna. Si es que dejó sus dineros por ahí, ocultos en un banco, la residencia en la *Isla de las Meditaciones* le impediría, por su simplicidad, disfrutar de lujos y goces extraordinarios.

Pero aun en el caso de que parezca poco económico en esta hora de crisis ordenar tal erogación ¿no sería una solución suprimir esa cuota inútilísima y hasta perjudicial para el sostenimiento de la Unión Panamericana y dedicarle esa partida a la *Isla de las Meditaciones*?

José Rafael Pocaterra.

## Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8.

Santiago (Chile).

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica